

El Caracolito
José de Azúcar
El Gnomo gruñón
La Gran Pantalla
La Recolectora de Luces
El extraño caso de las Células del Cuerpo
Natîvitas
La Gotita de agua

No Pierdas la Magia

Siete Cuentos Metafísicos + uno

Juan Carlos García

NO PIERDAS LA MAGIA
Siete Cuentos Metafísicos + uno

Título original: *No Pierdas la Magia*
Autor: *Juan Carlos García*

2da. edición limitada (20 aniversario), agosto de 2012: 100 ejemplares
1ra. edición, mayo de 1993: 2.000 ejemplares

Copyright © obra completa by Juan Carlos García, 2012
Copyright © cuento inédito "La Gotita de agua" by Juan Carlos García, 2012
Copyright © Juan Carlos García, 1993

ISBN de la presente edición: 84-89808-16-3
ISBN de la primera edición: 980-6329-16-3

Cubierta y fondos de la presente edición: *Pulsar Studios, 2012*
Ilustraciones de los cuentos 1 al 7: *Luisa Beatriz Toro, 1993*

Editado y distribuido actualmente por:
PULSAR STUDIOS
P.O. Box 193
35080 Las Palmas de G.C.
Islas Canarias - España

Inicialmente editado y distribuido por:
BIENES LACÓNICA C.A.
Apartado Postal 69732, Las Mercedes
Caracas 1063-A. Venezuela
7820 S.W. 55 Ave.
Miami, Florida 33143 U.S.A.

* Contiene cinco piedras de genuino cristal Swarovski incrustadas en la cubierta.

Más información y descarga de material adicional en:
<http://www.JuanCarlosGarciaWeb.com>



«Cuando un Cuento de Hadas
es leído a un niño con amor y ternura, entonces,
la tierra florece, el viento se aquieta, el agua se energiza,
el fuego se aviva, la mente se vuelve cristalina
y el corazón se vuelca en amor.»

El Caracolito

Para ser leído en los caminos de un bosque





RASE UNA VEZ una pequeña princesa llamada Cristal. Ella corría de aquí para allá en su gran reino de flores. Siempre se le podía ver bailando y jugando por los fragantes jardines de los dominios de su padre, el rey Arturo. Este monarca era poseedor de vastas regiones y su reino casi no conocía fin.

El tutor y Maestro de la princesita Cristal era un gran mago llamado Merlín el Sabio. Merlín vivía en las cercanías del gran palacio, en una pequeña y humilde casa dentro del bosque. Todos los días la princesita

Cristal iba a casa de Merlín a recibir la instrucción que éste, con mucho amor, le daba.

Un día, al Cristal ir por el sendero que conducía a casa de Merlín, se topó con un caracolito, el cual, con una casita demasiado pesada a rastras, le dijo:

—¡Eh! ¡Ehhh! ¿A dónde vas con tanta prisa, pichón de gigantes?

Y nuestra amiga, la pequeña princesa Cristal, le respondió:

—Pues voy a casa de mi Maestro Merlín, caracolito.

—¡No me digas caracolito! —dijo el caracolito muy disgustado—. Tú debes referirte a mí como ¡señor caracol!

—¡Vaya, discúlpeme, señor caracol! —replicó Cristal, muy sorprendida—. Ahora, si me lo permite, seguiré mi camino.

Entonces, el caracolito, aún más molesto, le dijo:

—Ah, ¿entonces quieres decir que te vas y que me dejas abandonado aquí solo, al comienzo del camino? ¡Ya sabía yo que estos gigantes eran muy engreídos y poco serviciales! Mamá tenía razón cuando me dijo que yo era el único de entre mis noventa y cinco hermanos que no iba a seguir una vida de caracol normal.

—¿Hacia dónde se dirige usted, señor caracol? —preguntó Cristal.

—¡Yo voy hacia allí! Y, por favor, detesto que me digan señor caracol, así que tutéame —respondió ya más tranquilo el caracolito. Y con una de sus antenitas señaló el camino que por coincidencia era el camino que la princesita Cristal debía seguir para ir a casa de su Maestro Merlín.

—¡Oye, pero qué coincidencia!, yo también voy a seguir por ese camino que tú me señalas —dijo sorprendida Cristal —¿Pero dime, caracolito, a dónde te diriges exactamente?

— Te lo voy a explicar —respondió—. Cuando mis hermanos y yo éramos pequeñitos, mi mamá nos sentaba junto al tallo del rosal más alto de toda la zona en que vivíamos y nos decía: “Miren mis hijitos, ¿ven ustedes aquel gran hueco amarillo que hay en el cielo y que deja penetrar la más brillante luz?, pues bien, a ése que ustedes ven, los gigantes lo llaman Sol y dicen que sin él no podrían vivir. Ahora, ¿ven ustedes a este gran tallo de rosa? Bueno, por un tallo aún más grande que éste tienen ustedes que trepar para llegar al Sol y luego transmutarse en gusanitos de seda y más tarde en mariposas. Toda nuestra existencia se basa en eso; en la subida hasta el Sol por medio del tallo de ese rosal tan maravilloso”.

Al principio yo no comprendía lo que mamá quería decirnos —siguió diciendo el caracolito—, pero mientras crecía iba entendiendo más y más cada palabra que de su boca había salido. ¡Ah, pero ella también



nos dijo algo muy importante!, y es que para subir hay que aligerar la carga de nuestra casa y tenerla limpiecita; de lo contrario jamás llegaremos al Sol.

—Pero, caracolito, tú llevas esa casita muy cargada y casi no puedes caminar, ¿cómo vas a hacer? —Preguntó muy intrigada la pequeña princesa.

—Bueno —respondió el caracolito—, mamá me dijo, muy particularmente a mí, que cuando mi casa estuviese muy pesada y que casi no pudiese caminar, aparecería alguien que con una palabra mágica me aligeraría la carga, pero también me dijo que no permitiera nunca que me llevaran dicha carga, porque de lo contrario no habría avanzado nada.

—¿Ah, entonces tú piensas que Yo Soy esa persona? —preguntó Cristal emocionada.

El caracolito, mirándola de arriba a abajo —cosa que le tomó mucho tiempo—, respondió:

—¿Y quién más que un gigante puro de alma y corazón, podría ayudarme?

—Me has puesto en un verdadero aprieto, caracolito —añadió la princesita Cristal.

Nuestra amiga comenzó a pensar y pensar. Mientras tanto,

el caracolito, que permanecía junto a una piedra, empezaba a dudar de ella. Un poco enfadado terminó por decir:

—¡Caracoles!, otra vez he fallado. Dios mío, ¿cuándo será la hora en que encuentre a alguien que sirva de verdad, verdad? He pasado los últimos veinte días de mi vida buscándola, y lo que he podido encontrar son a muchos ignorantes, que hasta han llegado a decir que soy muy rencoroso y que no me olvido del mal que me han hecho. ¿Pero cómo lo voy a olvidar si a cada momento lo recuerdo y me da rabia?

—¡Ahí está! —dijo muy emocionada la princesita Cristal— ¡Ahí está tu problema!

Entonces, nuestra amiguita alzó al caracolito, y una vez que lo tuvo al nivel de su cara le dijo:

—Tu problema, caracolito tonto, es que no sabes perdonar, y la palabra mágica que necesitas es PERDÓN.

La princesita, muy tiernamente le dio un beso en su casita y ésta comenzó a estremecerse. Chispitas de luz violeta emanaron rápidamente de todo el cuerpo del caracolito y en un instante, aquella casa que parecía muy pesada ahora era tan transparente y ligera que casi no se veía, y aquella frívola obstinación se había transmutado en una bella aspiración. Luego, lo dejó en el suelo y siguió caminando a casa de su Maestro Merlín, mientras

que el ahora ligero caracolito retomaba su camino al Sol pero dejando siempre un rastro de luz violeta por donde pasaba. Desde aquel entonces todo fue felicidad y rapidez para el caracolito.

Fin



José de Azúcar

Para ser leído comiendo algodón de azúcar





ENTRO DE UNA GALAXIA no muy lejana a la nuestra había un pequeño planeta llamado Azúcar. Su forma no era circular como la del planeta Tierra, sino que era muy parecida a la de un diamante. Los cuerpos de las personas que allí habitaban eran de azúcar cristalizada, pero su forma era igual a la forma actual de los seres humanos. Este planeta giraba alrededor de un Sol que no era dorado como el nuestro sino de un azul muy especial. Su clima era durante todo el año semitropical lo que le daba un ambiente de eterna frescura. Allí no existían las enfermedades ni la pobreza. Cuando llovía no se precipitaban gotas de agua sino pequeños granitos de azúcar, tanto así que al ver sus extensos campos daba la sensación de estar cubiertos de nieve. Todo aquello parecía ser muy empalagoso, pero a la gente que vivía allí le parecía completamente normal.

José era un viejito muy simpático que vivía en la orilla de un hermoso río de “agua dulce” en una pequeña y humilde casita de caramelo. Él tenía un sueño y era que quería ser joven otra vez. Todos los días, José salía a las montañas a recoger de un árbol muy especial, el algodón de azúcar que

vendía en un pequeño mercado de la comunidad. Acostumbraba a llevar consigo un libro que siempre leía después de su tarea diaria.

Una mañana, José salió de su casa a recoger la cosecha. Por el camino una leve brisa movía sutilmente sus largas barbas blancas-cristal. Esta vez caminaba muy contento e ilusionado pues en el séptimo capítulo de su libro había leído que en un tiempo no muy lejano habría muchos planetas en el Universo en donde el algodón de azúcar que él recolectaba se conocería y formaría parte inseparable de la magia pura y fresca de los niños. Ese día, José se esmeró aún más en su trabajo y cuando terminó dejó descansar su viejo cuerpo contra un árbol de algodón, luego sacó el libro y comenzó a leer. No faltó mucho tiempo para que se quedara completamente dormido, pues el trabajo había sido muy duro. Una extraña neblina comenzó a cubrir todo aquel lugar y al poco una dulce voz de niña se escuchó decir:

—¡Disculpe, señor!

José sobresaltado se despertó, mientras que la neblina comenzaba a disiparse rápidamente hasta perderse en la nada.



—¿Quién eres tú, jovencita? —dijo José muy intrigado al ver a una hermosa joven frente a él.

—Yo soy Amarilis y actualmente me preparo para dirigir la Primavera de un planeta en construcción que se va a llamar Tierra.

—¿Cómo es eso de que tú vas a dirigir la Primavera e un planeta? —preguntó José nuevamente.

—Si, yo me encargaré de despertar a las flores después del crudo invierno, de despejar las nubes para que el Sol pueda calentar la tierra y derretir el hielo, también de traer alegría y felicidad a los seres que la habitarán. Ese planeta del que te hablo, al principio tendrá cuatro estaciones a las que llamarán: Primavera, Verano, Otoño e Invierno, pero más tarde sólo quedará una eterna Primavera debido a la ayuda de dos



seres que, como yo, se preparan para ese día. Ellos se llaman Polaris y Magnus, y serán los encargados de sostener el eje magnético de la Tierra y tratar de enderezarla, pues ésta tendrá una leve inclinación debido a un tipo de flujo que sus habitantes emanarán cuando se irriten y peleen.

José, muy emocionado, la interrumpió para decirle:

—¡Ah, entonces es verdad lo que leí una vez en mi libro y que decía que la Primavera es el estado de eterna belleza y felicidad en el que debemos vivir siempre!

La jovencita Amarilis estaba trajeada con un largo y amarillo vestido y a su cintura llevaba atada una gruesa cuerda azul a modo de cinturón que brillaba mucho, sus cabellos dorados le llegaban hasta la cintura y sus ojos eran del mismo color del cinturón. En un dedo llevaba una hermosa sortija con la forma de un sol, la cual brillaba sorprendentemente cuando ella pronunciaba la palabra “Primavera”.

—Yo también simbolizaré el despertar a la nueva vida, a la eterna juventud y a la verdad —continuó diciendo Amarilis.

Entonces fue cuando José nuevamente le preguntó:





—¿Qué te trae por aquí, Amarilis?

Y ella, con voz muy tierna, le respondió:

—Yo siempre acudo al llamado de un corazón puro que desea juventud para seguir llevando ilusión a los niños, y tú me has llamado por mucho tiempo pero no he podido comunicarme contigo debido a que en tu corazón quedaban restos de infelicidad. Sin embargo, ahora has eliminado ese residuo que quedaba y es el momento para decirte que con sólo un deseo tuyo volverás a tener un cuerpo joven y con mayor vitalidad para que sigas realizando tan hermosa labor.

En ese instante, José comenzó a levantarse del suelo como por arte de magia y cuando llegó a cierta altura su apariencia física comenzó a cambiar, sus vestiduras

relucían de limpias y de su antigua apariencia no quedó nada.

La hermosa joven Amarilis desapareció como el suave y aromático viento de Primavera, mientras que José descendía completamente

transformado. Cuando llegó otra vez al suelo, se escoró a aquel árbol de azúcar y quedó de nuevo profundamente dormido. La neblina de antes no se hizo esperar más, y volvió a recubrir rápidamente todo el lugar.

El trinar de un pajarito que estaba frente a José le despertó y, después de unos segundos, se dijo mentalmente:

—¡Vaya, qué sueño tan extraño he tenido, sólo recuerdo un anillo en forma de Sol!

Y cerrando el libro que aún conservaba en el regazo, se levantó de aquel lugar y se dirigió a su casa. Mientras caminaba sentía una vitalidad que no podía explicarse. Cuán grande sería su sorpresa cuando, al llegar a su casa y



mirarse al espejo de cristal de azúcar, vio que era de nuevo un joven. ¡Si, casi no lo podía creer! En ese momento, la ventana de su habitación se abrió de par en par y dejó entrar un rayo de luz dorada muy intensa, dejando en el suelo un anillo con forma de Sol igual al de Amarilis.

José, muy emocionado, tomó el anillo y se lo puso en su dedo rápidamente, mientras que la voz de la joven Amarilis le decía:

—“El Sol da su luz a buenos y a malos; a ricos y a pobres; a reyes y a súbditos, sé tú como el Sol”.



El Gnomo gruñón

Para ser leído cuando se está de mal humor





UBICADO DENTRO de un gran bosque existía un pequeño poblado de gnomos. Estos medían aproximadamente diez centímetros de altura y eran muy trabajadores. De todo aquello casi me he olvidado, pero a alguien sí que recuerdo muy bien y es al gnomo Casimiro. Casimiro era un gnomito muy, pero que muy gruñón. Él se pasaba la vida peleando y criticando a todo el mundo.

Bueno, lo cierto es que Casimiro no tenía amigos y siempre trabajaba sólo. Un día, mientras pintaba una flor de un árbol que tenía a su cargo, una ondina, que caía presurosamente desde el cielo dentro de una gota de agua, gritó:

—¡Auxilio, auxilio. Estoy fuera de control!

Desde donde me encontraba pude ver que Casimiro corrió rápidamente hasta el punto donde le parecía que la ondina caería, y en un instante —y de sopetón— ésta calló en sus brazos. Después de unos segundos de perplejidad, la bella ondina dijo:

—Muchas gracias Casimiro, de no ser por ti estaría ahora con un fuerte dolor de espalda.

Entonces, Casimiro, muy extrañado le dijo:

—¿Cómo es que tú, bella ondina, sabes mi nombre?

—Bueeeeno... —contestó ella, sonrojada—. Eso no tiene importancia, lo cierto es que me salvaste de un gran golpe y te estoy muy agradecida.

Casimiro bajó de sus brazos a la bella ondina y cuando ésta puso los pies en el suelo dijo:

—Mi nombre es Aura y soy una de las discípulas del Hada Comprensión. ¡Ay, cuando sepa que me caí de la nube me va a regañar!. En realidad yo no sabía que esa nube negra que se desprendió de aquel humano me iba a golpear tan fuerte. El Hada Comprensión está cansada de decirnos que nos alejemos lo más posible de los humanos que a su alrededor lleven pegadas esas nubes negras. Últimamente hay que estar muy alerta porque hay demasiadas de esas en toda la atmósfera.

—¿A qué te refieres con eso de nubes negras? —preguntó muy intrigado Casimiro.

—Mira, te voy a explicar rapidito y esto tú lo deberías saber muy bien —respondió la ondina con su dedo índice derecho en alto—. Cuando los seres humanos odian, pelean, critican, gritan y demás, a su alrededor se forma como una nube de suciedad que sólo nosotros podemos ver. Entonces, estas nubes suben rápidamente a la atmósfera y se unen unas con otras

formando una gran masa gris muy repugnante. ¡Ah, pero esto no es todo! Cuando esas masas adquieren más fuerza se lanzan de nuevo a sus creadores y es lo que les provoca los dolores y depresiones que sufren. Nuestra tarea actual es disolver todos los restos de esas nubes que puedan entrar, bien sea a los ríos y mares o a las nubes blancas que también contienen agua, es decir que nuestra tarea se refiere sólo al agua. Tu tarea —no sé si te lo han dicho— es limpiar y embellecer todo lo que a la tierra se refiere; es decir, árboles, piedras, caminos, etc.

—Fíjate que yo no sabía eso, Aura —dijo Casimiro muy admirado—. Yo siempre traté de encontrar un sentido a mi vida y



por el lado que la veía me molestaba y desagradaba. Había oído hablar de la agresividad e incredulidad de los humanos y por eso todo me parecía muy irritante.

Mientras Casimiro hablaba, yo —desde el lugar en el que observaba—, me sentía muy abochornado por el comportamiento humano. Por fin me di cuenta que el ser humano no sólo se hace daño a sí mismo sino que con todo eso arrastra a muchos seres que le quieren ayudar. Mientras tanto, Casimiro continuaba diciendo:

—Ahora entiendo el porqué de las peleas con mis compañeros y por qué yo era tan gruñón y mal educado. Lo que pasaba es que no sabía lo que hacía y por qué lo hacía. ¡Qué bueno que apareciste y pude hablar contigo porque desde pequeño siempre me molestaba con todos y eso no me dio oportunidad de saber cuál era mi trabajo! El trabajo que he hecho hasta ahora es casi por instinto y no por instrucción.

En ese momento un gran rayo de luz se proyectó frente a ellos y enseguida una hermosa figura de mujer se hizo presente. Esta era un poco más alta que la ondina Aura y con una voz muy dulce dijo:

—¡Por fin te encuentro, Aura! ¿Qué te pasó?

—Eeeste... mira Comprensión, lo que pasó es que me golpeó muy fuerte esa nube negra y perdí el control de mi caída —dijo Aura un poco avergonzada.



—No tienes por qué avergonzarte Aura —dijo el Hada Comprensión—, tú eres una de mis ondinas preferidas y me haces recordar mucho a mi misma cuando era pequeña.

—¿No me vas a regañar?
—preguntó la bella ondina.

—¡Claro que no! —respondió el Hada—. No lo voy a hacer porque veo que has explicado

bien algo muy importante para este amiguito tuyo. Pero ahora te necesitamos rápidamente para un nuevo trabajo.

—¡Claro que sí, Maestra! —dijo emocionada la ondina—. Bueno, Casimiro, espero que te haya servido lo que te dije acerca de nuestro trabajo. Te deseo lo mejor y me gustaría que nos volviéramos a ver en otra ocasión.

Y uniéndose a su Maestra, la bella ondina levantó un brazo y se despidió de Casimiro ¡y de mí también! —cosa que aún no me explico—. Desde aquel entonces Casimiro ya no era un gnomito gruñón sino todo lo contrario.

Una amiga que yo tengo me dijo que una vez vio a un conjunto muy alegre de gnomos que estaban pintando las hojas de un árbol en el mismo bosque, y que a uno de ellos le llamaban Casimiro, el gnomo que en su corazón la esperanza sembró.

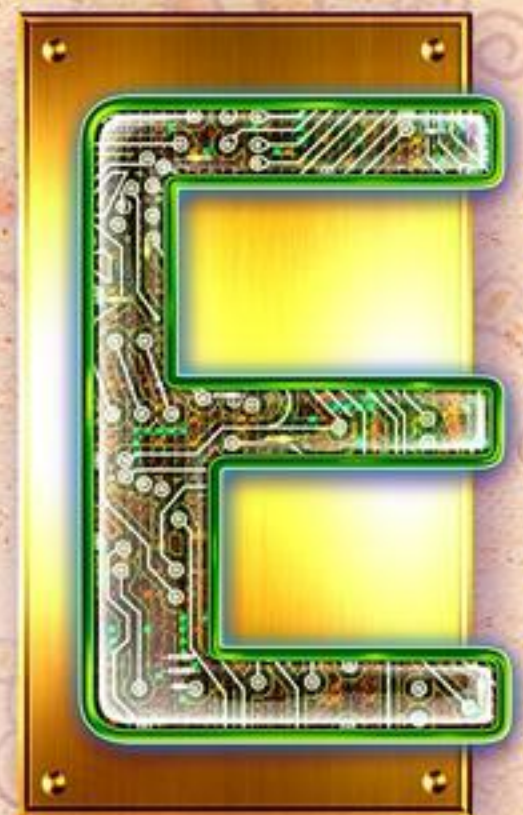
Fin



La Gran Pantalla

Para ser leído antes de ir al cine





S MUY BIEN SABIDO que la vida promedio de un átomo cinéfilo dura apenas dos horas. A nosotros los humanos nos parece un tiempo muy corto, pero en realidad para ellos es toda una vida.

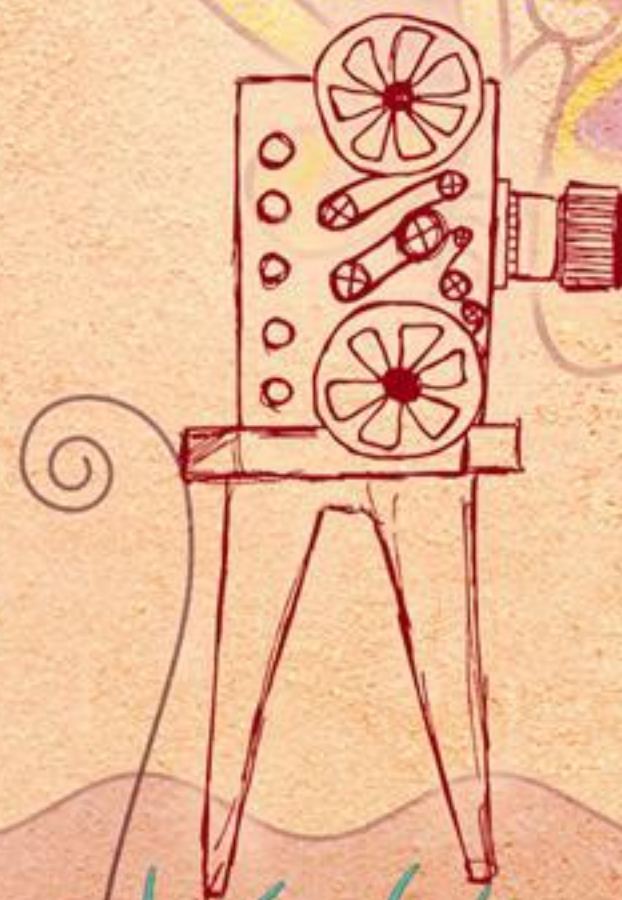
Inquieto era un átomo cinéfilo que vivía en la superficie de un planeta llamado “Foco de Luz”, en un sistema solar de nombre “Proyector”, en la galaxia de “Sala de Cine”, dentro del gran universo de “Hollywood”.

En Foco de Luz todos los jóvenes como Inquieto tenían un sueño y era que algún día pudiesen llegar a proyectarse en “La Gran Pantalla” y ser vistos, aunque fuera por un segundo, por los seres humanos que acuden por cientos a las salas de cine en busca de realizar, o al menos visualizar, sus más anhelados sueños.

La madre de Inquieto, que era una molécula que gozaba de mucha fama por su gran magnetismo personal, había perdido la gran oportunidad de proyectarse hacia ya una larga hora, pero, no obstante, ella se encargó de inculcarle a su pequeño hijo todo ese ímpetu que la movía y le daba el sentido de la vida.

En aquel mundo era muy extraño ver al alguien que hubiera sido capaz de llegar a La Gran Pantalla. Todas sus escuelas y estudios estaban orientados hacia ese gran logro. Pero el problema radicaba en que nadie había llegado y visto con sus propios ojos aquel lugar, que según decían era de armoniosa unión y en donde todos desarrollaban un papel importante, excepto unos pocos a los que llamaban “Fotones” o “Luminosos”. Estos llevaban una vida muy diferente a la de sus semejantes co—existentes.

Inquieto, después de haber aprendido todo lo que su madre y la escuela le pudieron enseñar, sentía en cada electrón de su cuerpo que le faltaba la invaluable experiencia de un Luminoso para poder llegar a realizar su gran sueño, y sin pensarlo más se fue en busca de uno.



Largo tiempo pasó en esa gran búsqueda, muchos lugares visitó y en varias ocasiones las heladas ventiscas de corrientes negativas trataron de neutralizarlo. Pero, por fin, y para su fortuna, llegó a un hermoso lugar, parecido a un manantial de energía líquida, donde a su alrededor se reunían los famosos Fotones. Fue allí donde encontró al “Maestro Electrónico” que, después de ponerlo a prueba, lo aceptó como su discípulo.

Recuerdo que una vez Inquieto le pidió a su Maestro que le



describiera cómo era La Gran Pantalla y él no hizo más que un largo silencio. En otra ocasión le volvió a preguntar lo mismo y el Maestro le contestó:

—Hijo mío, si quieres saber cómo es La Gran Pantalla desperdicias tu tiempo, pues no hay ninguna forma de saberlo sin que antes hayas llegado a ella, mas entre ustedes dos no hay distancia alguna.

Tanto pensó Inquieto en lo que le había dicho su “Maestro Electrónico” que casi se quedó sin saber hablar, pero por fin entendió. En ese preciso instante todo Foco de Luz comenzó a

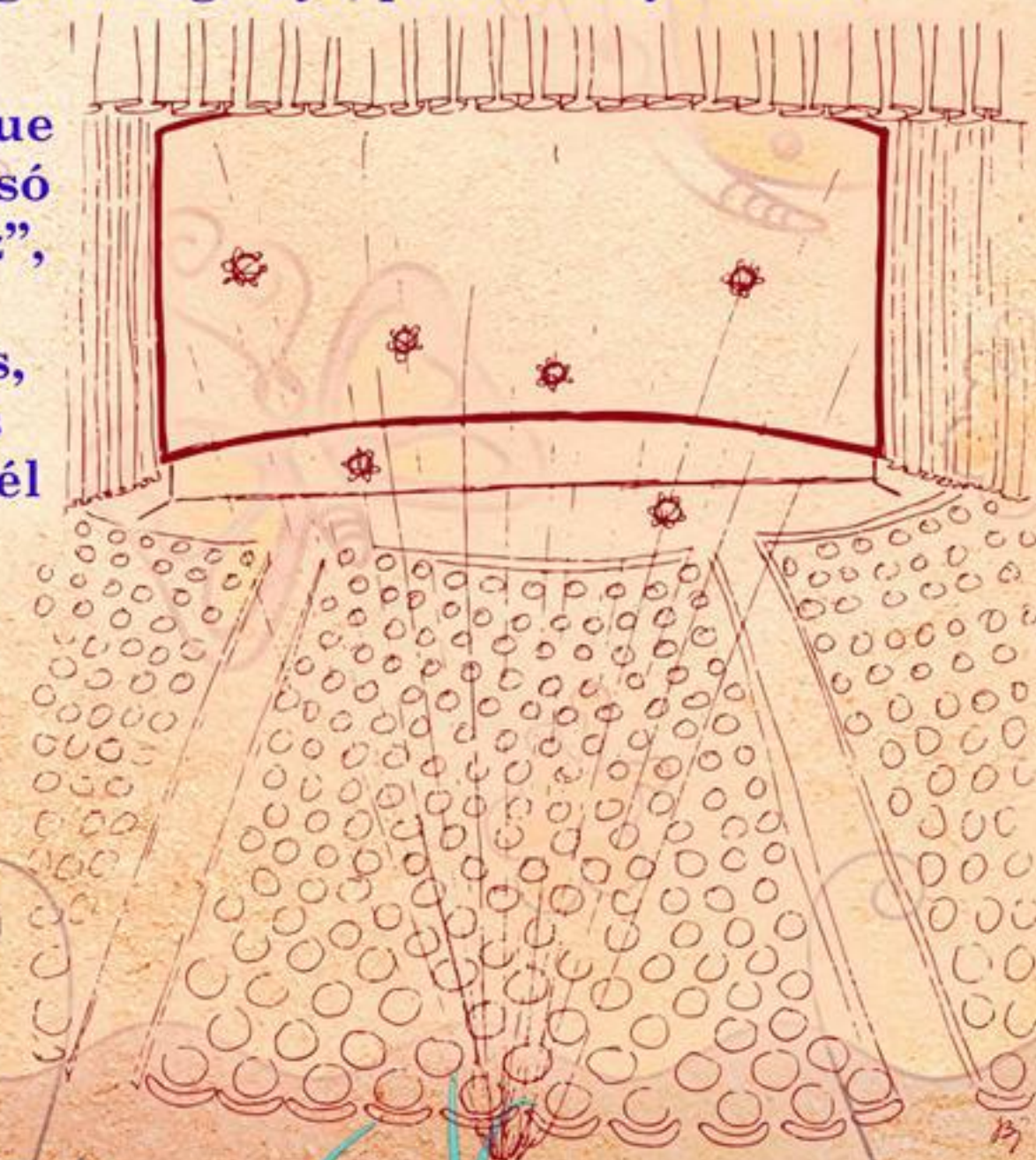
estremecerse y a desprender Luz por todas partes. También de Inquieto emanaba Luz mientras que todo su cuerpo comenzaba a flotar. Fue entonces cuando, como un rayo, salió disparado y atravesando infinidad de gigantescas lentes traspasó la película quedando plasmado de esa manera en La Gran Pantalla. La película que se proyectaba era “Hermano Sol, Hermana Luna”, y justo en el momento en que San Francisco de Asís corría libre por los campos de la Porciúncula, justo allí, Inquieto permaneció por todo un segundo en el ojo derecho del santo, haciéndolo



brillar fuertemente y dándole a los espectadores la verdadera visión de la felicidad que sentía San Francisco en aquel momento. Todo fue verdaderamente maravilloso. Todo Foco de Luz se enteró de la gran noticia, y su madre, cuando lo supo, sintió un gran regocijo, pues su hijo había realizado el sueño de toda su vida.

Pero no vayan a pensar ustedes que Inquieto murió, ¡nada de eso! Él regresó a Foco de Luz como un “Hijo de la Luz”, un Luminoso más. Y al lado de su “Maestro Electrónico”, desde entonces, ayuda a que todos los átomos cinéfilos que así lo deseen puedan llegar como él lo hizo a La Gran Pantalla.

Fin



La Recolectora de Luces

Para ser leído antes de sacar la basura





ESTA HISTORIA comienza en un gigantesco basurero de las afueras de la moderna Nueva York. El mal olor se esparcía por todas partes; era imposible permanecer allí aunque fuera sólo por unos minutos. Aun no comprendo cómo la gente que trabaja en ese lugar puede soportarlo.

Bueno, lo cierto es que mi amiga Clothes Cleaner trabajaba allí en las noches recolectando latas vacías para luego reciclarlas. Ella utilizaba una linterna y la apuntaba hacia los montones de basura para detectar el brillo que emitían las latas al chocar la luz sobre ellas.

No hacía mucho tiempo que Clothes había asistido ocasionalmente a una clase de Metafísica y allí una persona le había dicho que todos los sueños se cumplen si de verdad uno los persigue pacientemente, y también le regaló el cuento de “La Cenicienta”. Mi amiga quedó muy extrañada por la sonrisa con que le habló aquella persona y unos días después era fácil encontrarla leyendo La Cenicienta sentada entre montones de basura en los ratos libres que su trabajo le dejaba.

Todo era obscuridad, soledad y mal olor, pero Clothes soñaba y soñaba

con que esas latas de basura algún día se le convirtieran en estrellas y ese mal olor en suave perfume de incienso.

Tantas veces se leyó el cuento que terminó por aprendérselo de memoria. Ella casi podía acariciar el traje de Cenicienta y pasaba muchos días tratando de imaginarse como la propia protagonista del cuento.

Un tiempo después, y para su gran sorpresa, buscando entre la basura una lata que parecía brillar más que las demás, se encontró con un genuino diamante de gran tamaño ¡y hasta con forma de zapatilla! Clothes no lo podía creer, a la mañana siguiente lo llevó a un especialista y éste le dijo que en realidad era un diamante pero que tenía dueño, pues desde hacía mucho tiempo el joven millonario Young King lo estaba buscando por todas partes y hasta ofrecía una recompensa a quien lo encontrara debido a que su valor era multimillonario.

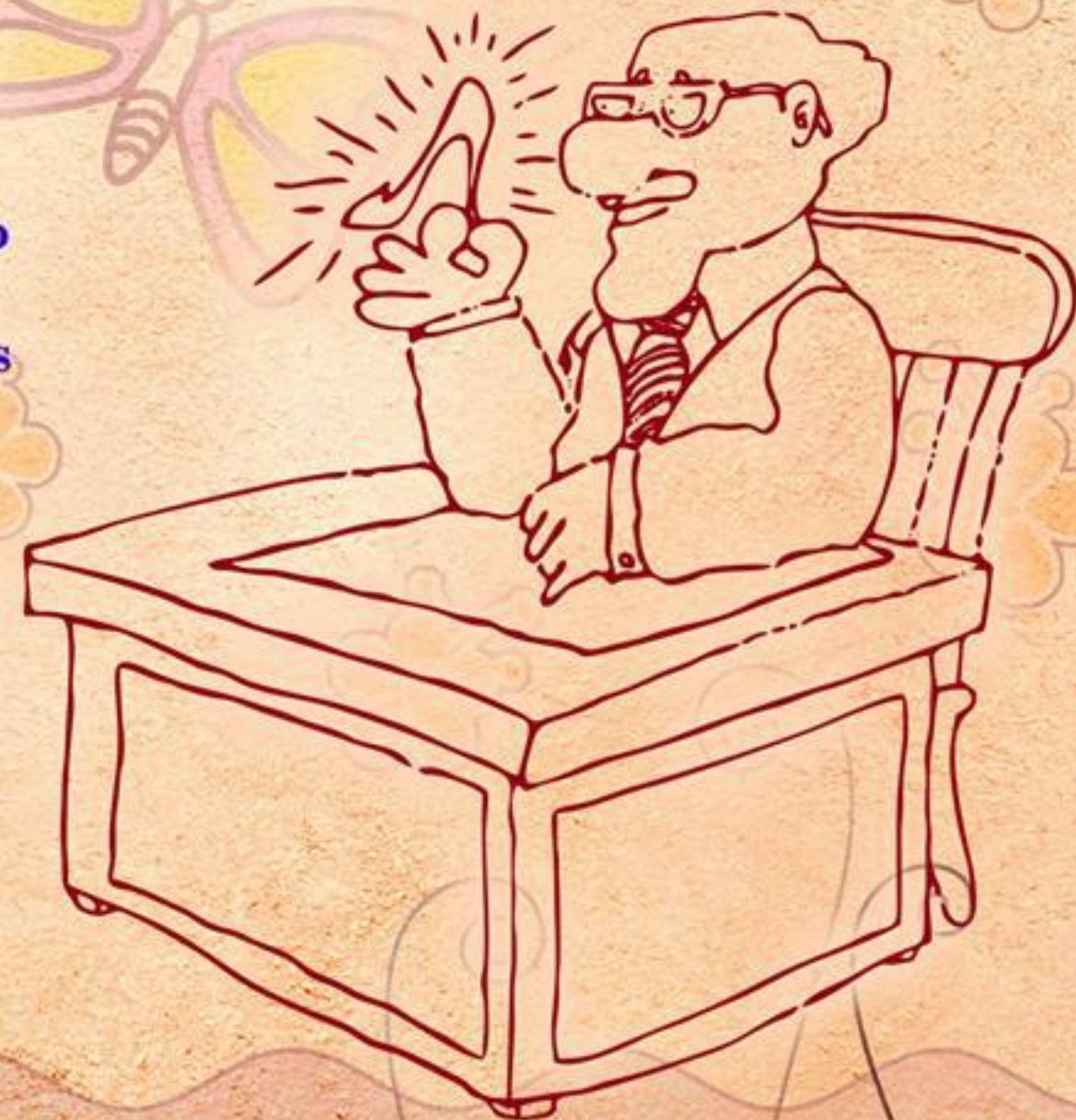
No faltó mucho para que este millonario se presentara en el lugar y cuando vio a Clothes le pareció ver a la Cenicienta de sus sueños en persona. Casi ni miró el diamante pues sus ojos estaban dirigidos constantemente a los ojos vidriosos y penetrantes de mi amiga. A Clothes le pasó lo mismo y no faltó la impertinente interrupción de aquel especialista para decir que



era una falsa alarma, que se había equivocado y que el diamante era una simple piedra de cristal con forma de zapatilla. Prácticamente ni escucharon lo que el especialista dijo, y desde ese entonces quedaron profundamente enamorados.

Pasando el tiempo me enteré que Clothes y su enamorado Young se habían casado y ahora vivían en una gran mansión a modo de palacio entre las verdes y frescas colinas de Long Island. Allí todo era luz, suaves olores y bellas flores por doquier.

Más adelante, estando en su mansión, Clothes me comentó que todos somos unos cenicientos y cenicientas que vamos por la vida dando tumbos hasta que le encontramos su sentido. También me dijo que llevamos constantemente con nosotros unas hermanastras que nos mantienen atados a las limitaciones y no nos dejan ver la luz del Sol y estas son



los pensamientos y sentimientos negativos que constantemente emitimos, y de los cuales nos tenemos que deshacer para alcanzar nuestros sueños.

Desde su balcón ahora Clothes admiraba la luz de las estrellas que antes fueran simples latas sin valor, y respiraba el sutil olor del incienso que se deleitaba en quemar.

Y ahora, ¿quién será capaz de decirle que los cuentos de hadas son sólo cuentos y que no se cumplen?

Fin





El extraño caso de las Células del Cuerpo

Para ser leído en un consultorio médico





ACE YA MUCHOS AÑOS llegó a mi consultorio médico un joven común y corriente pero que tenía un problema muy especial en su interior. Lo primero que me dijo fue que las células de todo su cuerpo estaban peleadas y que ni él mismo podía resolver la diferencia. Yo me quedé estupefacto, pues nunca había escuchado a una persona expresarse así de los componentes de su cuerpo, pero inmediatamente le dije que le ayudaría y que trataríamos de resolver ese problema lo antes posible.

Una vez que terminé de hacerle todos los exámenes que ameritaba el caso, no pude creer lo que mis ojos veían en el microscopio. Algo verdaderamente fascinante pasaba, y hoy por fin lo puedo contar.

Desde lejos pude ver aproximadamente a cinco millones de células, todas ellas de color rosado, luchando contra otro tanto de color amarillo. Sí, no lo podía creer, aparté mi vista del microscopio por un momento, me lavé la cara y luego me acerqué para observar de nuevo. Era real lo que veía, en toda mi carrera no me había sucedido algo igual, hasta podía escuchar el rugir de muchas vocecitas juntas.

Gradué mejor mi microscopio y me di cuenta que la pelea era cuerpo a cuerpo y que las armas eran muy diferentes a las de los seres humanos, las células rosadas sonreían dulcemente frente a sus oponentes, y las amarillas sumaban y restaban sin cansancio. Luego escuché decir:

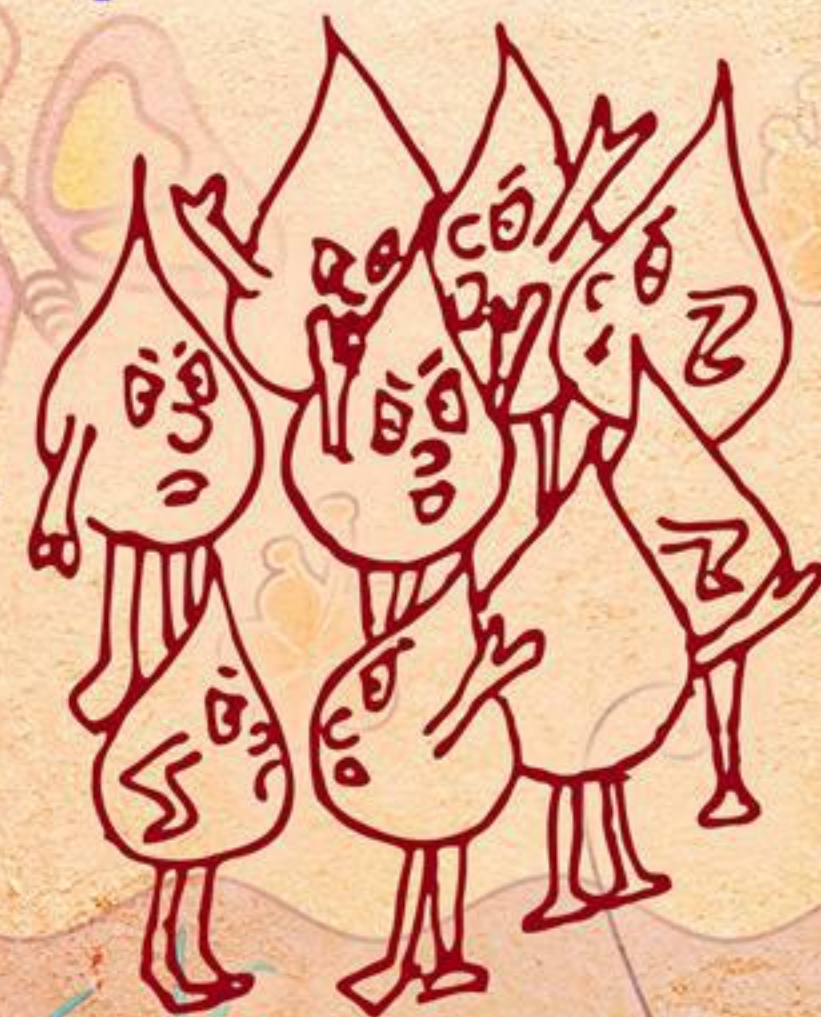
—¡Oigan todos, que la Gran Neurona va a hablar!

De entre las células amarillas se deslumbró un gran chispazo y todas se apartaron. Allí vi a una neurona muy desarrollada que inmediatamente dijo:

—¡Ustedes, pequeñas células cardíacas, no saben con quién se están metiendo. Nosotras comandamos este cuerpo y mientras ustedes están todas juntitas en el Reino Cardíaco nosotras nos movemos y enviamos impulsos eléctricos de comando en respuesta a la petición de nuestras amigas de la Región Dermis y de la Región Epidermis!

Inmediatamente, de las células de color rosado, se aproximó una de gran tamaño y dijo dulcemente:

—Mientras ustedes desperdician su tiempo





en órdenes frívolas y descontroladas, nosotras calentamos a las hermanas que pasan por el Reino Cardíaco y que viajan en la sangre para que así puedan llevar nuestro calor a todos los órganos del cuerpo.

Entre tanto barullo, a lo lejos pude ver a una familia de células. Lo extraño era que el esposo era una neurona y la esposa una célula cardíaca, ellos estaban junto a una joven célula amarillo—rosa que era su hijo, el cual brillaba más que una neurona y a su alrededor una gran aura de color rosa lo envolvía. Sin pensarlo más le pregunté:

—Oye amiguito, ¿me podrías explicar qué sucede?

—Claro que sí, con mucho gusto —respondió el joven—. Todo comenzó con la llegada de ciertos gérmenes patógenos desde la vasta Región Estomacal. Algunos de ellos se infiltraron rápidamente en las corrientes sanguíneas y se dirigieron al Reino Cardíaco, mientras que otros pudieron llegar a la Región Cerebral. Andando el tiempo, y por medio de muchas mentiras e intrigas, lograron que las neuronas y las células cardíacas entraran en conflicto,



produciendo hasta el momento quinientos millones de heridos —más que todo en el ego—. De todas formas los dos bandos estaban un poco distanciados antes de que los gérmenes patógenos llegaran. Ellos siempre han tenido marcadas diferencias en su forma de pensar y actuar; las células de la Región Cardíaca son muy amables y dulces, mientras que las de la Región Cerebral son frívolas y calculadoras.

La solución para este problema no necesita de medicamento alguno —pensé en ese instante. Luego se me ocurrió algo. Llamé a las musculosas células de las Regiones Locomotoras, también a las ligeras células de la Región Pulmonar, a las graciosas células de los Músculos Risorios, a las estiradas células de la vasta Región de la Espalda, a las observadoras células de la Región Ocular, a las células barítonas de la Región de la Garganta, y hasta a las delicadas células de nariz alta de la Región del Olfato. En fin, se me ocurrió reunir las a todas para que fuesen testigos de un acuerdo entre las dos partes en conflicto. Cuando llegaron las neuronas y las células cardíacas, les propuse lo siguiente:

—¿Qué les parece, queridas amigas, para terminar con este conflicto que las va a llevar a la destrucción, si intentamos reconciliarnos?





—¿Qué propone para eso que habla? —dijeron casi al mismo tiempo las representantes de los dos bandos.

—Bueno lo que propongo —contesté— es que la mitad del bando de neuronas pase a vivir junto con la mitad del bando de las células cardíacas y así formar dos grupos; uno que viva en la Región Cerebral y otro en la Región Cardíaca, cada uno con la cantidad necesaria de neuronas y células cardíacas para que se contrarresten sus desigualdades.

Un gran murmullo comenzó a escucharse pero al final los dos bandos aceptaron y se dividieron en grupos iguales; la mitad de las neuronas se fueron a vivir con las células cardíacas y la mitad de estas últimas se fueron a vivir con las neuronas, así los dos grupos quedaron compensados y pronto se reconciliaron. Muchos de ellas se casaron y tuvieron hijos muy luminosos, cosa que hizo salir a escape a los gérmenes patógenos causantes del problema.

Cuando terminé mi observación en el microscopio y pude hablar con mi paciente, éste ya estaba completamente curado del problema que tenía.



Es más, parecía que una suave aura rosa lo envolvía de la cabeza a los pies. La verdad es que el extraño caso de las células del cuerpo de aquel joven todavía me sigue intrigando.

Fin



Natîvitas

Para ser leído en la noche de Navidad





TODO EL UNIVERSO estaba alborotado pues ya se acercaba el mes de diciembre y el Gran Ser Cósmico conocido como Natîvitas se aproximaría a la Tierra para que todos los habitantes que estuviesen receptivos se llenaran del Espíritu de la Navidad. Pero este año sucedía algo muy especial y era que una de las viejas ayudantes de la Señora Natîvitas, una hermosísima arcangelina, misteriosamente se había desaparecido hacía ya siete Navidades. Millones de arcángeles y ángeles de todos los rangos iban llegando poco a poco y esparciéndose entre los humanos sin distinción alguna.

Cristina era una niña que vivía con su pequeña familia en Alaska. Allí los inviernos eran muy crudos y ese año parecía hacer más frío que nunca. Ella tenía la costumbre de que todos los 20 de diciembre, a eso de las 12 de la noche, colocaba el pesebre y allí se quedaba hasta por la mañana admirándolo. Luego, el día 25 en la mañana salía a jugar con sus amiguitos y lo que hacía era regalarles todos sus juguetes. A ella no le importaba quedarse sin nada, mas estaba muy feliz con que los otros niños disfrutaran de lo que ella antes había disfrutado. En realidad parecía que la cara se le

iluminaba cada vez que decía: —¡Toma, este es mi regalo de Navidad, es tuyo!

A los padres de Cristina no les hacía mucha gracia el comportamiento de su pequeña hija y ese año estaban decididos a no dejarle hacer ningún pesebre y mucho menos que regalara todos los juguetes que con mucho cariño y sacrificio ellos le compraban.

Llegó la noche de la entrada del Espíritu de la Navidad a la Tierra y cuando Cristina se disponía a colocar su pesebre y adornos de Navidad, sus padres fuertemente le gritaron y regañaron, y le dijeron que les salía muy caro tener que regalarle cosas y luego que ella las olvidara tan fácilmente.

Esa noche fue la más amarga en la vida de Cristina, pues como ave sin poder volar se quedó sentada en el suelo mirando las estrellas del infinito y llorando mucho. Lo más extraño era que sus lágrimas parecían ser pequeñas lucecitas que al caer provocaban destellos.

Durante esos días ni siquiera salía a jugar, pues sus ánimos estaban debilitados. Apenas comía y hablaba muy poco. Los padres notaron que las flores de Navidad de la casa se secaron y murieron, y que ningún animalito se aparecía por allí.



Cuando llegó la noche del 24 de diciembre, inmediatamente un rapidísimo serafín mensajero aterrizó a los pies de la Gran Señora de la Navidad y le informó que en un lugar específico de la Tierra una joven de hermosas cualidades pedía poder celebrar la Navidad y estar feliz de nuevo.

—Amada Maestra —dijo el veloz serafín—, tan solo con un acercamiento tuyo podrás transformar la tristeza de ese corazón amante de la Navidad.

La Señora Natîvitas se apiadó de ella y dijo al serafín que esperaran hasta la medianoche.

Faltando unos minutos para la hora crucial los padres de Cristina estaban en la sala y la propia Cristina se encontraba sola en su habitación. De pronto, los cabellos de la pequeña comenzaron a emitir reflejos plateados, mas todo su cuerpo empezaba a sufrir una hermosa e increíble transformación. Su cara y manos radiaban de blanco y de su espalda salieron dos efusiones de energía radiante y tomaron la forma de unas grandes alas de un brillo sin igual. Todo esto sucedía mientras en el cielo una gran estrella de múltiples puntas brillaba con más fuerza que las demás.



Los padres, al ver los rápidos destellos de luz que salían de la habitación de su hija corrieron rápidamente a ver lo que pasaba y grande fue su sorpresa cuando entraron y vieron que allí acontecía todo un verdadero nacimiento. Estaban el Niño Jesús, la Virgen y San José, también los tres Reyes Magos, la mula y el buey. Los padres no podían creer lo que estaban viendo, decenas de pastores llevaban ofrendas al Niño recién nacido, mas pudieron ver que desde una estrella de increíble fulgor se desprendió un puntito de luz que fue bajando poco a poco y cuando llegó al pesebre dijo con voz parecida a truenos rítmicos:

— ¡Gloria a Dios en las Alturas y Paz a los hombres de Buena Voluntad!

Los padres se dieron cuenta que ese ángel que hablaba era su pequeña hija Cristina, mas ella, con mirada tierna, les dijo:

—Amados padres, ¡que el Cristo Interno nazca en sus corazones y que Su Amor todoabarcante derrumbe todas las limitaciones humanas!

Los padres no contuvieron las lágrimas, estaban muy arrepentidos de lo que hicieron y prontamente se arrodillaron frente al Niño Jesús. Desde sus corazones salieron fulgurosas tres llamas; una Azul, una Dorada y otra Rosa. Había nacido el Cristo en sus corazones y a partir de entonces todos los años, al conmemorar la partida de su hija y la llegada del Cristo a sus corazones, celebraban con verdadera devoción la Navidad, y hasta se les podía ver regalando juguetes a todos los niños.

La Gotita de agua

Para ser leído antes de tomar un baño





ENTRO DE UNA ESPESA Y ABULTADA NUBE, colgada en el dorado cielo del amanecer, se hallaba impaciente una pequeña gota de agua que bullía en deseos de iniciar su ciclo vital. La noche anterior había llovido mucho, pero ya los Rayos del poderoso astro solar habían disuelto la mayoría de las nubes tormentosas de los alrededores y sólo quedaba ésta en la que se encontraba nuestra amiga la Gotita.

Madre Nube había recibido en su seno durante la aurora a esta inquieta Gotita, y con dulzura le decía:

—¡Ten paciencia, hijita mía! Pronto te lanzarás al mundo para cumplir con tu luminoso destino.

Pero la pequeña, todavía inconsciente de lo que su vaporosa Madre le decía, sólo deseaba comenzar su largo viaje y expresarse.

—Tu padre, el Sol —añadió Madre Nube—, pronto te llenará con Sus potentes Rayos y te dará la fuerza necesaria para emprender tu siguiente paso.

De repente, del horizonte solar se desprendió un poderoso Rayo de Luz que vino a incidir directamente en la espesa nube. Su impetuosa Luz llenó cada rincón de la misma y, como cargada de una enorme fuerza eléctrica, la Gotita por fin se desprendió grácilmente dejándose caer al vacío tal y como lo hacen los clavadistas cuando se lanzan al mar desde un acantilado.

El viaje de descenso fue tan veloz que casi ni se dio cuenta. Cuando abrió los ojos por primera vez se percató de que estaba sobre una piedra de amatista. A su alrededor había numerosas amatistas que formaban en su conjunto una gran drusa de un intenso color púrpura. Al verla un poco desorientada, las amatistas se apresuraron a preguntarle:

—¿Te encuentras bien, pequeña gota?

—Sí, muy bien, gracias —respondió ella—. Solo que el viaje ha sido muy rápido y no sé muy bien dónde estoy.

—¿Quién eres? Y, dinos, ¿cómo te llamas? —volvieron a preguntar impacientes las amatistas.

La Gotita se quedó perpleja porque no supo qué contestar. Sin embargo, notaba la pureza y firmeza del cristal bajo ella. Allí permaneció largo tiempo. El agua que componía todo su cuerpecito le daba brillo y frescor a las amatistas, y las hacía lucir aún más hermosas.

Un día, unos espeleólogos vieron cómo esa drusa brillaba especialmente

más que las demás y decidieron extraerla. Se la llevaron a casa y la pusieron en un terrario hecho de hermosas flores de lavanda entre otras. Como guiada por una fuerza sobrenatural irresistible nuestra amiga la Gotita se escurrió por entre las amatistas y penetró rápidamente en la tierra. Enseguida, las absorbentes raíces de la lavanda la atraieron y pronto subió por el tallo mezclándose con su perfumada sabia. La experiencia fue maravillosa, ¡estaba dentro de una planta!

—¡Cuánta vitalidad! —se decía a sí misma.

Al verla tan sorprendida, la lavanda le preguntó:

—¿Quién eres, pequeña gota que circulas en mi interior? ¿Cuál es tu nombre?

Y nuevamente ella no supo qué contestar. Sencillamente no le salía nada, era como si en su interior sólo conservara un pequeño recuerdo de la experiencia vivida cuando estuvo con el grupo de amatistas.

Al poco tiempo, el flujo natural de la sabia la terminó llevando hasta la flor, y allí se le veía destellar intensamente cuando brillaba el sol. La lavanda se sentía tan orgullosa de la brillante Gotita que la lucía como una novia luce su anillo de compromiso.

Una pequeña abeja que un día pasaba por allí no pudo resistir la tentación y, como si estuviera hechizada, se detuvo en la flor de lavanda.

Impresionada por la belleza y frescura de la gotita la absorbió de sopetón junto con el néctar. Luego de sentir un estremecimiento por todo su cuerpecito, la pequeña abeja voló rápidamente de regreso a su panal y allí depositó a la Gotita, ahora mezclada en la miel, en una especie de océano de dulzura.

—¡Qué sensación! Se decía a sí misma la Gotita. ¡Esto es increíble!

En una ocasión las abejas, intrigadas por su vitalidad, le preguntaron:

—¿Quién eres, pequeña gotita? ¿Cómo te llamas? Haces que nuestra miel se vea más brillante y sepa mejor.

Tampoco en esta ocasión supo qué contestar. Sólo albergaba en su pequeño y cristalino cuerpecito el fruto de las experiencias vividas junto a las amatistas y a la lavanda. No supo cuánto tiempo pasó allí, mas hubiera querido pasar eternidades si de ella hubiera dependido. Sin embargo, debía cumplir su ciclo vital. Así que, al poco, un apicultor la recogió del panal y se la llevó en un frasco para venderla en el mercado de su pueblo. Unos turistas que venían de la fría Alaska y que pasaban por allí, al ver que la miel era de cultivo ecológico, compraron el frasco inmediatamente y se lo llevaron a casa. Su pequeña hija gustaba de tomar la dulce miel con los cereales de la mañana; le daba mucha energía y vitalidad.

Unos días después, la pequeña niña se levantó especialmente con hambre y con especial ilusión porque pensaba regalar a sus amiguitas sus

propios regalos el 25 de diciembre, tal y como hacía todos los años. Tomó sus cereales con la miel del frasco. En el mismo fondo era donde estaba agazapada nuestra amiga la gotita, y al recogerla con la cuchara y ver su intenso brillo, la niña no pudo resistir comérsela directamente. Pronto la Gotita entró en el torrente sanguíneo. Todo ese día lo pasó dentro del cuerpo de la pequeña.

—¡Qué experiencia más increíble esta! —se decía a sí misma.

Al pasar por el corazón, las amorosas células cardíacas le preguntaron:

—Dulce Gotita, ¿quién eres? ¿Cómo te llamas? Das brillo a nuestra sangre.

En esta ocasión, la Gotita lo vio todo claramente. Y, como inspirada por un flash mental, respondió firmemente:

—¡Soy una gota de agua en proceso evolutivo que pronto llegará de nuevo hasta el Sol! ¡Me llamo Marina!

En ese instante, la Gotita ascendió rápidamente por el nervio neumogástrico y llegó hasta la cabeza. Era de noche y la niña lloraba porque los padres no le permitieron regalar sus juguetes. Marina, llena de infinita Compasión, se convirtió en una lágrima saladita que brotó por el ojo derecho de la pequeña, provocando un pequeño pero intenso destello de Luz. Allí mismo desapareció por completo. No se supo más de ella...

Andando el tiempo, un día muy luminoso, se escuchó desde lejos la voz del Padre Sol, que decía:

—¡Mi amada y dulce hijita, elévate, asciende y ven a fundirte con Mis Rayos en la atmósfera! ¡Ven a ser lo que Yo Soy!

Los intensos Rayos penetraban profundamente en un bellissimo mar azul turquesa donde se hallaba sumergida nuestra amiga la Gotita quién sabe cómo y desde cuándo. Estos Rayos servían de puentes para que todas las gotitas, entre ellas Marina, subieran fácilmente a la atmósfera. Sus caras eran sonrientes y llenas de felicidad indescriptible. Sus cuerpos se transformaban y se hacían cada vez más ligeros y gaseosos. Así fue que llegaron a convertirse en Madres Nube que a su vez contenían muchas gotitas en su interior cada una deseosa de cumplir con su propio ciclo. Así por fin, pudo Marina completar felizmente su ciclo.

Fin